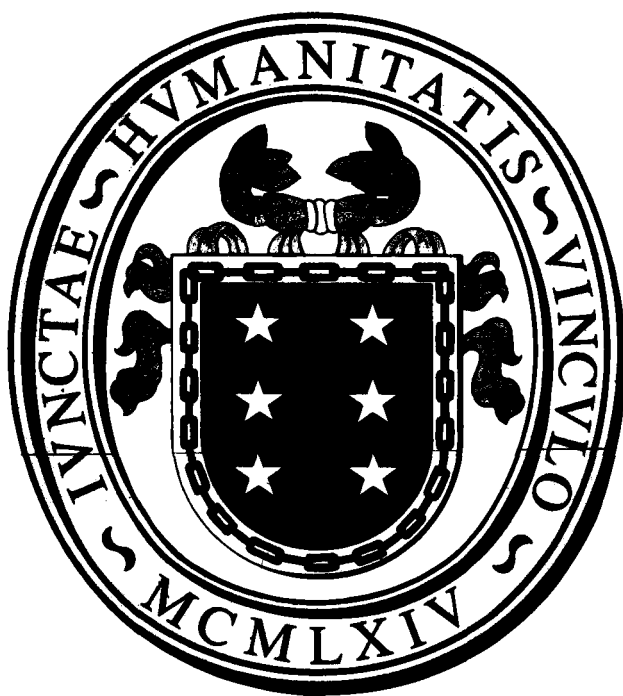


ANALES
DEL
INSTITUTO DE CHILE



1981

NUESTRA FALTA DE LIBERTAD EN LA CREACION ARTISTICA*

Ernesto Barreda Fabres

DE LA ACADEMIA DE BELLAS ARTES

Quisiera reflexionar aquí sobre algo que siempre me ha preocupado y sobre lo cual suelen hacerse comentarios, pero que no se mira de frente porque, en el fondo, es más cómodo no considerar el tema y continuar desenvolviéndonos en un fácil conformismo que compromete también a nuestro quehacer cultural.

Ello es, en líneas generales, el que nuestros artistas, especialmente los más jóvenes, continuando con un antiguo proceso, viven, cada día más, desvinculados de la realidad, encerrados en complacientes y herméticos laboratorios, donde, junto con sus especulaciones intelectuales, mezclan en sus alambiques, nostálgicos ecos de lo que acontece en las lejanas capitales artísticas de Occidente. Así, atados a la tiranía de la moda, sin libertad para crear, es inevitable que su producto final sea una obra desvinculada del país real y cada día más indiferente para el verdadero y gran público, sin dudas, el destinatario final de la obra de Arte.

Esto es grave.

Dentro de este contexto, estas reflexiones versarán sobre el tema que conozco: Las Artes Plásticas, aunque creo que ellas son válidas para todas las que se cultivan en este país.

Entre quienes se interesan en esta materia, ya sea gozando estéticamente de ella como observadores enterados, estudiosos, críticos constructivos, o como sea, se llega siempre a la conclusión que uno de los fundamentos de una pintura de calidad, aclarando que por "pintura" nos referimos aquí genéricamente a la de un país como expresión de su época, es una personalidad reconocible, un rasgo de familia, por

*Discurso de Incorporación a la Academia de Bellas Artes, pronunciado el 16 de septiembre de 1981, en la sede del Instituto de Chile.

llamarlo así, que exprese en forma inequívoca su origen y procedencia, tanto en el espacio como en el tiempo.

Este rasgo de familia puede manifestarse de muchas maneras, en forma sutil u obvia y es, naturalmente, ajeno a la temática, la cual, en ciertas épocas y circunstancias, ha sido un recurso fácil para identificar al Arte con su medio.

Un ejemplo nos evitará innecesarios circunloquios e ilustra lo que trato de expresar.

La pintura española, una de las "grandes" de la historia, es, ajena a épocas, estilos o tendencias, siempre reconocible, siempre española.

Viola, Tapiés, Picasso, Solana, Goya, Velázquez, Zurbarán, Bartholomé Bermejo, etc., con sus diferentes formas de expresión, testimonio de sus particulares mundos circundantes y anímicos, son todos a primera vista y sin dudas, españoles.

¿En qué consiste esto que en esta pintura se palpa y nos envuelve con su fuerte personalidad?

Un docto análisis que pretende aclarar esto que es evidente, escapa al alcance de estas reflexiones. Sin embargo, podemos afirmar que hay constantes en este caso que se mantienen a través del tiempo con la fuerza de una impronta.

Una de ellas es la presencia, en esta pintura, de la tierra de España, de la manifestación telúrica de su Universo peninsular, notable en este caso por el color, su gama y modo de usarlo.

Los negros, pardos sombríos, ocre, las tierras cálidas y tostadas, los blancos lívidos, caracterizan todas sus épocas dándole una nota singular y permanente de sombría fuerza.

En música sucede lo mismo, como debe suceder en todas las artes que son auténtica expresión de un ser nacional. Falla, Granados, Albéniz, con sus misteriosos acordes expresan el mismo mundo que está presente en las Pinturas Negras de Goya o las Procesiones de Solana. Todo marcado por una fuerte personalidad segura de sí misma.

Otro factor que encontramos característico de esta pintura y que constituye uno de sus principales valores, por lo difícil que es lograrlo, es la autenticidad de expresión, la mínima separación que existe

entre la sensación vivida por el artista y su manera de expresarla. El lenguaje directo, la honestidad de la emoción y la integración de ésta en el mundo del autor.

Como el ejemplo de la pintura española podríamos dar muchos otros, no tan ricos en tradición ni en la profundidad y calidad de su arte, pero sí interesantes por nuestra vecindad hemisférica.

Sin individualizar países, podemos decir que en varios de ellos se ha llegado a expresiones de una indudable y, a primera vista, reconocible identidad del artista y su obra con su medio ambiente geográfico y cultural.

En contraste con esto, creo oportuno recordar aquí algunas experiencias personales referidas a nuestra Pintura.

Comparativamente con épocas anteriores o posteriores, la década de los años 60 fue particularmente rica en nuestro país en lo que a actividades vinculadas a la Arte Plástica se refiere.

Exposiciones extranjeras visitantes, exposiciones chilenas en el exterior, visitas de personas vinculadas profesionalmente a estas materias, ya sea en el plano personal como coleccionistas o representantes de Universidades, de Institutos o de casas editoras dedicadas a publicaciones de arte, publicaciones internacionales que mencionaban lo que aquí sucedía, bienales, certámenes, etc.

Esta actividad ha decrecido en los últimos años, pero los comentarios a que haré mención siguen siendo, no sólo igualmente válidos sino que, más aún, debido a la cuarentena que ha sufrido el país en lo que a intercambio cultural se refiere.

Siempre me ha llamado la atención, entonces y ahora, el que, pasado el momento de las frases conceptuosas de rigor, estos visitantes entendidos o profesionales en la materia, llegan invariablemente al tema de la personalidad, debería decir, falta de personalidad de nuestra pintura.

No está de más decir que a estos comentarios escapan algunos pocos casos singulares que son la excepción que confirma la regla.

Se comentaba siempre, como por educación, la seriedad profesional del artista chileno, en general, su pulcro oficio, la corrección de su obra, etc., pero se agregaba al final una serie de preguntas que son un

expresivo resumen del efecto que nuestra pintura causa en un observador objetivo.

¿Por qué la pintura chilena produce la impresión de que ha podido ser hecha en cualquier lugar? ¿Por qué no es la expresión de esta peculiar idiosincrasia nacional? ¿Por qué es tímida, vacilante, sin la fuerza expresiva de otras artes hispanoamericanas? ¿Por qué puede estar "bien hecha", pero sin acento ni personalidad propios?

En esa época, el Instituto de Cultura Hispánica organizó una importante exposición de pintura en Madrid, la cual fue expuesta luego en Barcelona, Berlín, Bruselas, Londres, y las principales ciudades de Europa.

Esta se llamó "Arte de América y España" y reunió a artistas del país anfitrión, con los de los Estados Unidos, Canadá, Filipinas e Hispanoamérica en su totalidad.

Hubo un número impresionante de comentarios y críticas de arte. En aquella ocasión las palmas fueron para la emergente y fuerte pintura de los Estados Unidos y para los envíos de Argentina, México, Brasil y Colombia.

En medio de este torrente de palabras comentando en forma profusa y destacada, tan numeroso envío, se notó, sin embargo, el educado silencio ante un posible aporte de la pintura de nuestro Continente al desarrollo del arte Contemporáneo.

"Diario de Barcelona", por ejemplo, hacía suyas las observaciones del crítico Gaya Nuño, quien veía con alarma "la uniformidad expresiva observada en tan vasta y heterogénea asamblea artística. Eso de que pinte igual un canadiense que un chileno, un portorriqueño que un uruguayo".

Raúl Chavarri Popeta, en la publicación del Instituto de Cultura Hispánica, "IN-13", comenta en un largo y detenido análisis de la exposición "... el arte moderno norteamericano ejerce sobre el de Iberoamérica una influencia actualmente tan poderosa como la que hace unos pocos años dejaban sentir los artistas europeos". Más adelante afirma: "En este sentido, quizás sea necesaria una puntualización: la mayoría de los críticos ven en la exposición 'Arte de América y España', la evidencia de unas formas artísticas todavía vacilantes...".

Ante el envío chileno, en el cual tuve el honor de participar, este silencio fue aún más elocuente. Una de las pocas referencias que sobre él se hicieron (Separata de la Revista Aulas N° 63) comentando brevemente la obra de uno de nuestros participantes, termina diciendo: "Sin embargo, no aporta nada nuevo, como es el caso de sus otros compañeros".

¿A qué se debe esto?

¿Es algo propio de nuestro carácter este eclecticismo tímido que no se atreve a golpear con el puño sobre la mesa para expresar, bien o mal, sus auténticos sentimientos y raíces? ¿Por qué no somos libres para expresarnos como queremos?

¿Es esta actitud consecuencia de una alienante necesidad de encontrar siempre la aprobación y el aplauso de los otros, en particular del extranjero, antes que satisfacernos con el propio juicio, con la propia estima y dejar que el reconocimiento venga, por añadidura, si acaso viene?

"No aporta nada nuevo".

¿Por qué?

¿No es acaso la grandeza cósmica de nuestra naturaleza, por citar sólo un ejemplo, una fuente inagotable de inspiración creadora? ¿Por qué ésta ha sido tocada por nuestro arte sólo tangencialmente, diríamos con las manos enguantadas, en lugar de hurgar profundamente en ella en busca de la fuerza que da la tierra, joven aún?

¿Quién ha, realmente, pintado el desierto en su grandeza metafísica?

¿Quién las montañas, no como formas en que bellamente se refleja el sol poniente, sino como violenta expresión de la materia cargada de cósmica tensión interior?

¿Quién, ante la sobrecogedora inmensidad de los Andes y de los Glaciares, ha sentido y expresado que ello no es más que una fuerza contenida, un instante en el Eterno proceso de creación?

¿Por qué, como avergonzados, evitamos aceptar que somos un país Andino y las consecuencias que de ello se derivan?

¿Por qué, culturalmente, no queremos ver la Cordillera?

Creo que, en este sentido, ha influido desventajosamente en

nosotros, el tener en nuestras venas una dosis relativamente pequeña de sangre indígena, de esa que no se avergüenza de no ser europea.

Porque la verdad es que el color de nuestra piel ha contribuido a que creamos que somos casi europeos y que vivimos en América como por casualidad.

Quienes han tenido la oportunidad, no de visitar Europa, si no que de vivir allí, han sentido que aunque de la historia de esos países y sus monumentos sepamos, generalmente, más que del nuestro, nos separa de ellos un abismo.

Pese a que nuestra pigmentación sea similar y que todos sepamos de un pueblito de donde vienen nuestros antepasados, nuestras reacciones, los valores de la vida, la imaginación de nuestra raza, rica pero ilógica e improvisadora, es ajena a la de ellos.

Estamos atados a este espejismo de sentirnos los más europeos de América con la fuerza de un verdadero complejo, el cual nos ha impedido volver la mirada a lo cercano y nuestro y nos ha hecho vivir con una añoranza mal disimulada, "de lo ajeno".

Esto ha significado no tener seguridad en nosotros mismos ni en nuestras obras y por lo tanto, no ser libres en la elección de nuestro camino cultural.

Entonces, para ser aceptados y asegurarnos a nosotros mismos, hemos copiado, aunque lo reconozcamos sólo a medias.

Esto ha sucedido, en mayor o menor grado, en casi todas las manifestaciones de nuestra vida nacional, desde la política al arte, añorando siempre el aplauso extranjero, el certificado de respetabilidad que nos permite seguir adelante y deseando ser, frecuentemente, "un ejemplo para el mundo".

Consecuente con esto, nos hemos referido a nosotros mismos como la Atenas de América, los ingleses de este austral continente, sin caer en cuenta que las imágenes son enemigas de lo auténtico, verdad ésta tan válida para los individuos como para los países.

Dentro de este contexto, nuestro arte ha tomado como propios, modos de expresión ajenos a nuestro sentir y a nuestra realidad histórica. Usa un lenguaje que no le es propio y por lo tanto lo usa en forma balbuceante.

Así, la expresión de la mayoría de nuestros artistas, inspirada formalmente en mundos ajenos al de ellos, hace que al mismo tiempo que éstos nos presentan localmente como novedad lenguajes ya superados, olvidados hace tiempo en los repliegues de la moda, éstos sean mirados con indiferencia protectora en los grandes centros del arte, ávidos de originalidad y de fuertes expresiones personales.

Es así como vemos en nuestro país manifestaciones artísticas que tienen origen en la acumulada angustia producida por los excesos de una gigantesca sociedad de consumo en un mundo altamente industrializado desde hace más de un siglo, pero que, ¡Oh sorpresa! no es el nuestro.

Observamos el empleo, como motivo de arte, de desechos, viles muchos de ellos, de esta sociedad: envases de productos, desperdicios de toda índole, sucias prendas de vestir, etc., muchos de los cuales llegan hasta acusar, impudicamente, con sus formas y materiales, su procedencia extranjera.

No caen en cuenta nuestros artistas, ni los críticos tampoco (o caen y no les importa, lo que es peor aún), que el hastío ante el vacío espiritual que genera este mundo materialista, no tiene raíces en nuestro país, todavía en formación y muy lejos de llegar a ser una sociedad industrial con todas sus consecuencias económicas, psicológicas y culturales.

En nuestro medio, sólo los reducidos estratos superiores de la pirámide social tienen acceso a un supuesto consumismo que no ha tenido ni el tiempo ni la extensión necesarios para transformarse en una característica de nuestra vida y, menos aún, en una motivación para la creación artística.

Nuestros artistas expresan entonces una angustia y una problemática "prestada", actúan como por mandato de las inquietudes de mundos extraños, lo cual, es obvio, no puede interesar a nuestro público, quien tiene sus problemas propios pero correspondientes a otra etapa del desarrollo histórico y cultural de una sociedad.

En estas circunstancias, podemos decir que nuestros artistas protestan y gritan de dolores ajenos. En nuestro medio, sus obras son una reacción ante una acción inexistente.

Es apropiado reproducir aquí algunos comentarios del señor José Gómez Sicre, Jefe de la Sección de Artes Visuales de la Unión Panamericana, aparecidos hace algunos años en un editorial del "Boletín de Artes Visuales" de esa Institución y que, a mi juicio, mantienen no sólo una plena vigencia si no que su llamado es hoy aún más urgente e imperioso.

"Nuestro Mundo se está afirmando porque vamos teniendo más fe en su destino y más respeto en su contenido. Estamos tan llenos de tradiciones como cualquier pueblo europeo. El error ha consistido en que las hemos pasado por alto. No es con esto que quiero propugnar una programática panamericana para las artes. Sólo demando un respeto a lo que hay de bueno y de calidad en América. Soy enemigo de nacionalismos rasos y cerrados que conducen a la reducción del espíritu, pero sí entiendo que el universalismo debe comenzar por la penetración y la conciencia de la parte del mundo en que se vive, para así poder aceptar con amplitud las otras.

El momento del Arte de América no es de indigenismos, campesinismos, obrerismos ni demagogias. Es de afirmación de valores continentales de esencia universal. Debemos comenzar por saber apreciarlos, constatarlos dentro de nuestras propias fronteras que, aunque fuera sólo por su vastedad, merecen una posición de respeto en el consorcio universal de valores".

Las causas históricas y sociales de nuestra dependencia cultural, son muchas y antiguas; su análisis escapa al ámbito de estas reflexiones pero es un hecho cierto con el que hay que vivir. Además, no podemos negar que en cierta medida esto es inevitable. Chile, como entidad cultural tiene, usando un lenguaje de precisiones, una masa demasiado pequeña y ésta es atraída fatalmente por el campo gravitacional de mundos más fuertes culturalmente que el nuestro.

Consecuencia de este proceso es que nuestros artistas e intelectuales, conscientes de estar ajenos y de no participar en un vital acontecer cultural existente en Occidente, se sienten "solos".

El miedo a la soledad lleva a caer en una trampa muy peligrosa: la dependencia.

La dependencia es la negación de nuestro ser. La creación es la

manifestación de nuestro ser. La conclusión es fácil y en nuestro arte el resultado salta a la vista.

De algún modo debemos tratar de hacer sentir a nuestra juventud creadora (y la autoridad de esta Academia puede contribuir a ello si mis inquietudes encuentran un eco en ella), que la cruda realidad de nuestra posición geográfica y tamaño, hacen inevitable el que, pese a los actuales medios de comunicación, los cuales, en teoría, "achican" al mundo, estemos solos, pero que esto puede ser positivo si aceptamos esta realidad como factor de temple y reafirmación de nuestro ser.

Debemos tratar de que nuestros artistas comprendan el que la soledad conlleva una preciosa responsabilidad hacia nuestra persona: que nadie puede pensar ni vivir por nosotros. Que nadie puede darle significado a nuestra existencia y a nuestras obras, excepto nosotros mismos.

Soltarse, prescindir de la mano tutelar que nos lleva por el camino seguro de lo que ya se ha hecho antes, es aterrador.

Esta es, sin embargo, la única manera de encontrar a nuestro verdadero yo. Sin él no podemos pretender nada, ni en el arte ni en nosotros y debemos, como meta de nuestra vida, tratar de encontrarlo y fortalecerlo como sea. Así la obra de nuestros artistas y sus exposiciones, será un magnífico y desinhibido conjunto de "Yoes" no castrados por la duda de si ellas están bien o mal hechas ni por el ansia de reconocimiento.

Sólo así podrán ellos encontrar su verdadero lugar bajo el sol y arrojar su propia sombra en lugar de actuar sin riesgos, ni gloria, al amparo de mundos culturales más fuertes, pero ajenos al nuestro.

Repetimos que, aunque en cierta medida, esta dependencia (que es añoranza) de lo que sucede en otros mundos, es inevitable en las grandes líneas, en nuestro acontecer diario contribuyen a ella factores que la fomentan y que deberían tratar de evitarse conscientemente.

Uno de ellos es de responsabilidad de los medios de comunicación.

"Chileno triunfa en el extranjero".

A diario oímos o leemos esta frase que se aplica a todos: artistas, escaladores sociales, deportistas, etc.

Junto con los comentarios que siempre la acompañan, pareciera

que el triunfo verdadero, el único que vale, es el que se logra fuera del país, donde también suceden las únicas cosas que tienen importancia.

En cuanto a la creación artística, que es la que nos preocupa, esta actitud, tácitamente, reduce lo logrado en nuestro medio a algo sin importancia y conduce inconscientemente a despreciarlo.

Pero si se desprecia el medio, es porque éste, enfrentado a un lenguaje artístico que les es ajeno en sus motivaciones, reacciona con indiferencia ante la obra y el artista se siente solo y ofendido.

La incompreensión se acentúa. Nuestro artista cree que sólo en el exquisito y "Culto" mundo extranjero su obra será comprendida y apreciada. Esta, entonces, empieza a ser creada para ese imaginario público culto que se materializará en los cerrámenes internacionales o en las exposiciones en el extranjero. Psicológicamente, nuestro artista comienza a emigrar.

El arte se enriquece en el contacto con el público, en la interacción que se genera. Sólo la indiferencia le es fatal.

Debemos contribuir como podamos, a que nuestros artistas establezcan una relación de respeto con nuestro verdadero público, generalmente ausente, y que no reemplacen a éste por los consabidos grupúsculos que susurran complacientes cantos de sirena en sus oídos, élites supuestamente "entendidas", portavoces de lo que sucede en los lugares donde "pasan cosas".

Señores Académicos, creo que es nuestro deber, y propongo en consecuencia, que el prestigio que esta Academia y el Instituto de Chile tengan en nuestro medio, se ponga al servicio de la causa que signifique vitalizar lo nuestro, nuestra auténtica expresión, e influya ante los medios de comunicación e Instituciones vinculadas a la Cultura, para impedir que se siga enfatizando la importancia del logro en el extranjero y de lo que allí sucede.

Dejemos en claro que no pretendo ignorar la importancia del propio valor con resonancias que van más allá de nuestras fronteras, pero creo firmemente que esto debe ser presentado solamente en su adecuada escala de valores como una valiosa información que debe ser conocida, pero no como el arquetipo al cual debemos tender. Además, debemos esforzarnos para lograr que se acentúe el valor de lo que aquí se hace, de la importancia de nuestro público y de su aprecio por

nuestras obras, que se abone la seguridad en nosotros mismos y nuestra real capacidad de creación por sobre cualquiera moda o tendencia que pretenda internacionalizar nuestro arte y cultura, que se atribuya el máximo valor a nuestra propia apreciación y estima por sobre el teórico reconocimiento foráneo, que se divulgue el concepto, hasta su comprensión por todos, que ser diferente no significa ser inferior y, finalmente, contribuir a que se acepte la realidad tal cual es en el campo cultural, y sería deseable, en todos, mostrando claramente y sin temor, el hecho real de que estamos lejos y solos y que siempre estaremos así.

Salgo al paso de quienes, soñando con los bellos conceptos de una comunidad internacional de la cultura, puedan decir que lo que propongo es un aislamiento cultural.

Esto no es así. Solamente pido un criterio realista en la formulación de nuestra cultura dentro del cual podamos realmente tener cabida y funcionar en libertad.

Mi experiencia adquirida en el país y en el extranjero, lo que he leído, oído, visto, mis vivencias, me permiten afirmar con convicción que no hemos sido, no somos, ni seremos nunca parte integral de la Cultura Occidental, llamando así la que ahora está viva en ciertos países de Europa y ciertas ciudades de los Estados Unidos.

Hemos recibido su influencia, ciertamente, pero ésta no ha hecho más que fecundar una materia prima americana dando por resultado una cultura mestiza, riquísima en ciertos lugares de nuestro Continente antes del desarrollo de los medios de comunicación a finales del siglo pasado; más insegura ahora, pero al fin de cuentas, la nuestra, la única posible y sobre la cual tenemos que construir nuestro ser nacional.

En torno a esto, corrientemente, se repiten frases hechas, clichés conceptuales como aquel que asegura que el mundo se "achica" con las nuevas tecnologías y que, poco a poco, se va transformando en uno sólo con un lenguaje cultural común, único.

Esto no pasa de ser una falacia.

La rapidez de la comunicación en el mundo de hoy, la casi instantaneidad de algunas de sus técnicas, no nos produce la sensación

de una participación común si no que, por el contrario, son una toma de conciencia de que no estamos allí.

Cada día es más fuerte la evidencia visible de otros mundos distantes donde pasan cosas sin que se nos consulte. Esto nos transforma en pasivos espectadores de un lejano acontecer que, se nos ha enseñado y repetido a diario, determina el proceso histórico y destino de nuestro mundo.

Las mismas imágenes que captan y transmiten los satélites mostrándonos la inmensidad de nuestro planeta, nos hacen, al mismo tiempo, tomar conciencia de cuán lejos estamos de los Centros Culturales que nos han servido de modelo.

Sucede que por primera vez en la historia pasamos a tener una vivencia de nuestra real dimensión terrestre. En el plano cósmico sucede lo mismo: los fabulosos progresos tecnológicos, los vehículos espaciales, los radiotelescopios, cada vez con mayor potencia y precisión, pronto instalados en estaciones orbitales, nos fuerzan a tomar conciencia de la insospechada inmensidad del Cosmos, de la insignificancia de nuestro Sistema Solar y por ende, de la de nuestra querida Tierra y sus pretensiones.

Los medios de comunicación, especialmente la Televisión, presentan a diario a los jóvenes de Hispanoamérica, incluidos en ellos a nuestros artistas, ajenos modelos de vida envueltos en el embriagador derroche de las modernas técnicas publicitarias, las cuales activan directamente sus centros emocionales y psicológicos haciendo que nuestras juventudes sean estimuladas por verdaderos reflejos condicionados los cuales, junto con su propia estridencia, las hace actuar como sonámbulos en busca de su propia identidad.

Todo ésto, además, sin poder asir esta realidad fabulosa, ni poder participar de ella, más que por el vacío imitar de formas que van de la manera de vestir a modos (que son modas) de pensar y actuar.

Esta simultaneidad no compartida del acontecer diario es como asomarse a una ventana que no se puede abrir. Vemos a través de ella cómo se desarrollan otros modelos de vida, ricos y atractivos. Antes, sin imágenes ni sonidos simultáneos, imaginábamos este acontecer dentro de nosotros mismos, con lo que, en cierta medida, era una

creación nuestra que pasaba a formar parte de nosotros y de nuestro tesoro de experiencias.

Hoy, este ver allí sin estar allí, este actual suplicio de Tántalo, produce lo que llamo, una erosión psicológica.

Esta erosión comienza a manifestarse a finales del siglo pasado junto con los cada vez más fluidos contactos con los poderosos mundos altamente civilizados del Hemisferio Norte.

Pareciera como que con el aumento y frecuencia de éstos, se nos hubiera escapado por esa vía la dinámica nacional.

Parece más que una coincidencia el que, simultáneamente con la apertura del Canal de Panamá, se acelere entre nosotros este proceso manifiesto en una merma de la identidad y fuerza que, como nación, contundentemente acreditáramos en el siglo pasado. Es el momento, entonces, en que comienza nuestro estancamiento relativo a la evolución de otros países de nuestro Continente.

En el plano de nuestra vida personal, experimentamos este fenómeno con relativa frecuencia.

Cuando tras unas horas de vuelo, muy pocas para venir de las Antípodas, regresamos de los grandes Centros de la Cultura Occidental, ¿no nos sentimos desconcertados, no debemos “adaptarnos” en un proceso que toma algún tiempo?

¿Qué es esto si no una forma de esa erosión psicológica a que he hecho mención, la cual acentúa cruelmente la duda en lo nuestro y en nosotros mismos?

Lo que estamos sintiendo en ese momento, es angustia. Esta es, básicamente, el miedo a lo desconocido y lo que estamos desconociendo es lo nuestro. Nos encontramos con una realidad cuya fuerza y propia belleza no sabemos ver y menos valorar.

Señores académicos: todo lo anterior conforma una realidad grave y de profundas consecuencias para nuestro desarrollo y supervivencia integral como sociedad.

Una cultura propia fortalece la personalidad de ésta y es una base de sustento en los momentos difíciles de su historia, cuando se necesita una acción común, fruto de la unidad de sentimientos y coincidencia en el actuar, es decir de una cultura única.

Para que esto suceda, esta cultura, no importa su grado de riqueza, debe ser auténtica, es decir, enraizada en la tradición y verdadero sentir de un pueblo no dividido antojadizamente entre élites extranje-rizantes y mayorías desorientadas.

Lo anterior es el fruto de los falsos conceptos culturales de nuestra educación y de la orientación centrífuga de nuestra información sustentada a diario por los medios de comunicación.

Para terminar, entonces, os pido nuevamente emplear nuestro esfuerzo en lograr rectificar esta tendencia y que llegue el día en que tomemos conciencia de nuestro real destino cultural y podamos, por primera vez, escoger libremente nuestro propio modo de orientarlo.

Santiago, agosto de 1981